

VI PREMIO INTERNACIONAL CATALUÑA

EL JURADO DEL PREMIO INTERNACIONAL CATALUÑA, FORMADO POR LOS MIEMBROS DEL CONSEJO ASESOR DEL INSTITUTO CATALÁN DE ESTUDIOS MEDITERRÁNEOS, REUNIDO EN BARCELONA, EN EL PALACIO DE LA GENERALITAT, ACORDÓ POR MAYORÍA ABSOLUTA OTORGAR EL VI PREMIO INTERNACIONAL CATALUÑA A EDGAR MORIN, POR LAS SIGUIENTES

RAZONES:

PRIMERA: POR SU INCOMPARABLE OBRA SOCIOLOGICA, CONCEBIDA ENTORNO A LA COMPLEJIDAD Y LA RIQUEZA ANTROPOSOCIAL DEL SER HUMANO, EN LA QUE

ARTICULA DESDE LA DIMENSIÓN BIOLÓGICA HASTA LA IMAGINARIA, FUNDAMENTANDO CIENTÍFICAMENTE LA DIVERSIDAD DEL HOMBRE EN LA UNIDAD DE LA ESPECIE, PARA ALCANZAR UN TODO ECOLÓGICO ESENCIAL A TRAVÉS DE UN PROCESO Y UN MÉTODO DE INVESTIGACIÓN

SIEMPRE RIGUROSO Y ABIERTO.

SEGUNDA: PORQUE SU OBRA Y SU TRAYECTORIA PERSONAL, VIGOROSAMENTE IMPREGNADAS DE LOS VALORES DE LA LIBERTAD Y LA INDEPENDENCIA, HAN CONTRIBUIDO DE MANERA DECISIVA A FORMAR LA CONCIENCIA DE LOS EUROPEOS, DESDE LA POSGUERRA HASTA HOY EN DÍA.

TERCERA: POR LA CONSTANTE ATENCIÓN QUE EDGAR MORIN HA DEDICADO A LA REALIDAD MEDITERRÁNEA Y A SU NATURALEZA COMUNICATIVA, Y EL INTERÉS CON QUE HA ESTUDIADO LA CATALUÑA DEL



SIGLO XX, QUE HA CALIFICADO DE PARADIGMA DE INTEGRACIÓN CULTURAL Y SOCIAL EN LA EUROPA DE LA DIVERSIDAD.

CATALÒNIA PRESENTA EL TEXTO DEL DISCURSO QUE EDGAR MORIN PRONUNCIÓ AL RECIBIR EL PREMIO EL DÍA 19 DE MAYO DE 1994.



BIZERTA. TÚNEZ. 1989

© TONI CATANY

Majestades, señor presidente, señores del jurado, señoras y señores, reciban mi saludo más agradecido y cordial.

Al igual que la palabra “amor”, la palabra “gracias” es un término trivializado, que sólo recupera toda su intensidad cuando surge del fondo del corazón. Doy las gracias a todos quienes me han concedido su voto: gracias al Instituto Catalán de Estudios Mediterráneos por el insigne honor que le debo y del que quisiera ser digno; gracias a los amigos conocidos y desconocidos que se encuentran presentes aquí; gracias al presidente Pujol, que ha sabido y sabe expresar y cumplir la voluntad de ser de Cataluña y que ya conoce la amistad y la admiración que siento por él; y finalmente, quiero dar las gracias a Su Majestad el Rey, a quien España debe la restauración de la democracia y el reconocimiento de su diversidad, y soy profundamente sensible a la distinción que supone su presencia hoy y aquí.

Este premio que me otorga la Generalitat de Catalunya, a través del Instituto Catalán de Estudios Mediterráneos, ha

recaído en un mediterráneo, que ve así ennoblecida su identidad.

Si mis genes y mis cromosomas pudieran hablar, les explicarían una odisea mediterránea que arrancó más o menos como la de Ulises, pero algo más al sur, en el Mediterráneo asiático, que es el actual Oriente Medio. Les relatarían sus viajes por el Imperio Romano, su llegada a la península Ibérica y a la Provenza, les detallarían más de un milenio de arraigo y casi siete siglos en una España plural hecha de distintos reinos y de tres religiones que, según algunos, llega hasta 1492, y según otros, hasta el siglo XVII. Mis genes y mis cromosomas les hablarían de cómo se vieron sometidos, mis antepasados conversos, durante dos siglos, al bautismo de la Iglesia católica; y después, les narrarían su estancia “rejudaizada” en el gran ducado de la Toscana, en Liorna, hasta el fin del siglo XVIII en que, empujados por las grandes corrientes de la expansión económica de Occidente, habían conquistado, dentro del Imperio Otomano, la gran ciudad de Tesalónica, poblada en su mayoría por sefardíes que hablaban el castella-

no antiguo de antes de la jota; acto seguido, les contarían el retorno a Occidente a comienzos de este siglo y, al final, el arraigo en Francia.

Mis genes les dirían que todas estas entidades mediterráneas sucesivas se hallan unidas, en simbiosis, en mi persona y que, en el curso de este periplo bimilenario, el Mediterráneo se ha convertido en una patria muy profunda. Mis papilas gustativas son mediterráneas y reclaman el aceite de oliva, se exaltan con las berenjenas y los pimientos a la brasa, y desean tapas o mezés. Mis oídos adoran el flamenco y las melopeas orientales. Y dentro de mi alma hay un no sé qué que conjuga, en resonancia filial, su cielo, su mar, sus islas, sus costas, sus arideces, sus fertilidades...

Asimismo, mis genes les revelarían que han vivido una experiencia típicamente ibérica, la experiencia de los denominados marranos. El marranismo no es únicamente, como muchos creen, una manera secreta de ser judío bajo una máscara cristiana, ni una manera de diluir la ascendencia judía en un cristianismo sincero, sino que también es la experiencia, en un mismo espíritu y en una



© IONÍ CATANY

misma alma, del reencuentro de dos religiones antagonicas. Y este antagonismo, o bien produce la disolución de aquello que tienen de formal tanto una como otra religión, desencadenando entonces una prodigiosa combustión mística, como en el caso de Teresa de Ávila, o bien diluye ambas religiones para dar paso a la duda y al cuestionamiento generalizado, como en el caso de Montaigne, también descendiente de conversos; o bien, aún, el Dios trascendente se desintegra y es la naturaleza la que se hace divina al convertirse en creadora, como en el caso de Spinoza. Y en mi caso también, porque soy un místico, a mi manera, claro está, un racional, un escéptico, y no lo habría sido sin Sefarad, es decir, sin las Españas en su pluralidad.

Mis genes no me han hablado de Barcelona, pero mi carácter ha estado marcado por esta ciudad. Tenía dieciocho años en enero de 1939, cuando me enteré de la brutal caída de Barcelona. En mi libro *Autocrítica* escribí: "Yo lloraba viendo los enormes titulares de Paris Soir, y escondía el rostro detrás del periódico, en la sala donde mis padres

escuchaban los acordeones de la radio Île de France sin saber que, al mismo tiempo, mi compañero de clase Jacques Francis Rolland y centenares como él dejaban de ser niños y entraban en la adolescencia llorando, todos juntos y solos, el fin de la esperanza, y que todas las esperanzas que se levantarían más tarde se edificarían sobre aquellas ruinas" (p. 21).

No había idealizado la España republicana, porque conocía los conflictos, la guerra civil esporádica que, en el interior de la gran guerra civil, había devastado Barcelona y provocado, especialmente, el asesinato de Andreu Nin a manos de los servicios secretos soviéticos del general Orlov. Pero presentía oscuramente que aquel desastre era el inicio de un desastre histórico todavía más terrible e intuía, como tantos otros, que la caída de Barcelona era el preámbulo de otras caídas: para empezar, la caída de Francia apenas un año más tarde, y posteriormente la capitulación de Europa...

Cuando descubrí Barcelona, después de la guerra, experimenté lo que un escritor alemán, que precisamente habla de

Barcelona, denomina una intoxicación amorosa. Y quiero más que nunca la Barcelona de hoy, ciudad de esperanza, ciudad de paz, ciudad abierta, rica de cultura catalana, rica de cultura española y de las culturas de los inmigrantes ibéricos que se han catalanizado en su seno. Es una ciudad que, en un mismo movimiento, se nutre de su pasado y se anticipa hacia un futuro de asociación ibérico, europeo, mediterráneo.

Pero del mismo modo que en 1939 sentía la caída de Barcelona como el aviso más siniestro para Europa, desde el pasado año siento un choque de idéntica violencia y cargado también de funestos presagios ante la descomposición de la riqueza multiétnica de Bosnia-Herzegovina y ante el sitio de Sarajevo.

¿Bosnia-Herzegovina, no era en sí misma la prefiguración de la Europa que deseábamos? ¿No era, al mismo tiempo, laica y multirreligiosa? Este asesinato de Bosnia-Herzegovina hiere en el corazón la idea de Europa y la posibilidad de Europa.

Vemos resurgir un mal que ya creíamos superado al crear la comunidad europea. Es cierto que el estado nacional



© TONI CATANY

ha desempeñado un fecundo papel civilizador dentro de la historia de Europa, pero ha comportado la posibilidad, casi nunca inhibida, de la purificación.

La purificación nacional fue, de entrada, religiosa. Tenemos la España del 1492, tras el triunfo del principio *cuius regio eius religio*, la expulsión de los católicos de Inglaterra, la expulsión de los protestantes de Francia con la revocación del Edicto de Nantes, y un poco en todas partes la expulsión o el confinamiento de los judíos.

En el siglo XX, la purificación se hace racial y étnica. Las guerras greco-turcas provocaron el traslado masivo de los helenos de Asia Menor a Macedonia, de los turcos de Macedonia a Turquía, y al cabo de dos años Hitler quiso purificar Alemania de judíos, gitanos y enfermos mentales. El fin de la guerra supuso la expulsión de los alemanes de Silesia y de los Sudetes y de los polacos de Ucrania.

Hoy, en la ex Yugoslavia, en Europa, en el Mediterráneo, todos los conflictos adquieren un aspecto atroz de segregaciones étnicas y religiosas.

El único remedio que existe, ante los conceptos cerrados de etnia y de nación, es el principio asociativo. El destino de Europa se juega en esta alternativa: asociación o barbarie. Y no es sólo el destino de Europa, es el destino del Mediterráneo.

¡Mediterráneo! ¡Noción demasiado evidente para no ser misteriosa!

¡Mar que lleva en sí tantas diversidades y tanta unidad!

¡Mar de las extremas fertilidades y de las extremas arideces!

¡Mar que tiene el centro formado por su circunferencia!

¡Mar, a la vez, de antagonismos y de complementariedad: especialmente la complementariedad conflictiva de la medida y la desmedida!

¡Cuna de todas las culturas de progreso, de intercambios y de apertura!

¡Matriz del espíritu más sagrado y del espíritu más profano!

¡Matriz de las religiones politeístas y de las religiones monoteístas!

¡Matriz de los cultos del misterio que prometen la resurrección después de la muerte y de las sabidurías que piden aceptar la nada de la muerte!

¡Matriz de la filosofía, de la teosofía, de la gastrosofía y de la enosofía!

¡Matriz de la racionalidad, de lo laico y de la cultura humanista!

¡Matriz del renacimiento y de la modernidad del espíritu europeo!

¡Mar de la comunicación de las ideas y de la confluencia de los conocimientos que supo transmitir Aristóteles de Bagdad a Fez, antes de hacerlo llegar a la Sorbona de París!

Mar tricontinental de los encuentros fecundos y de las rupturas trágicas entre el Este y el Oeste, el Sur y el Norte.

Mar que fue el Mundo y que para nosotros, los mediterráneos, perdura como nuestro mundo.

Nuestro Mediterráneo se ha encogido y se ha convertido en un lago de la era planetaria, que baña el sur de una Europa reducida a las dimensiones de una Suiza, frente a las enormes masas continentales que bordean el Pacífico, nuevo centro de gravedad del mundo. Este Mediterráneo que debería disfrutar, pues, de la paz de un lago, de la dulzura de un lago, se convierte de nuevo en un núcleo de tormentas. Este Mediterráneo marginado vuelve a ser



ALEJANDRÍA

© TONI CATANY

una de las zonas sísmicas más importantes del planeta.

Alerta

Yo digo alerta, porque Europa tiende a dejar de lado el Mediterráneo, justo en el momento en que en el Mediterráneo crecen los problemas y los peligros.

Los procesos de dislocación, degradación y aislamiento que se desarrollan a escala mundial, afectan especialmente al Mediterráneo. Es más: el mar de la comunicación se convierte en el mar de las segregaciones, el mar de los mestizajes se convierte en el mar de las purificaciones religiosas, étnicas y nacionales. Las grandes ciudades cosmopolitas, auténticas "ciudades mundo", crisoles de la cultura mediterránea, se han apagado una tras otra en la monocromía: Tesalónica, Estambul, Alejandría, Beirut, Sarajevo agoniza.

Después de 1989, la Europa occidental, al volverse hacia el Este que se abría, dejó de lado los problemas fundamentales del Mediterráneo, que la afectan vitalmente. La economía europea se ha decantado hacia los mercados potenciales del Este, avistando más allá el enor-

me mercado chino. Y el Mediterráneo se ha visto cada vez más olvidado.

Las potencias europeas se han mostrado impotentes ante el conflicto israelo-palestino, ante la tragedia de la ex Yugoslavia y contemplan perplejos la tragedia de Argelia.

Los países del sur europeo, en especial del arco latino, no han elaborado una concepción común con vistas a una política mediterránea. La Europa abierta tiende a convertirse de nuevo en la Europa del rechazo: en cuánto habíamos empezado los procesos de integración europea del islam —procesos póstumos en España, que reincorpora a su identidad su pasado musulmán, procesos modernos en Francia y Alemania con los inmigrantes magrebíes y turcos—, de repente resurge el viejo demonio europeo: rechazar, excluir el islam. La ofensiva serbia en Bosnia no es sólo un accidente, sino que es la continuación de una reconquista.

Se ha dejado destruir el carácter polivalente y multiétnico de Bosnia-Herzegovina y, cuando ya está mutilada y no es más que un reducto musulmán, entonces surge el miedo ante la idea de un

estado islámico. En todas partes, el interlocutor necesario se considera cada vez más como el potencial adversario, y esto se repite en cada una de las cuatro esquinas del Mediterráneo (norte, sur, este y oeste).

El Mediterráneo se difumina como denominador común

Es más: es necesario comprender que la gran línea sísmica, que arranca del Cáucaso, en Armenia/Azerbaiyán, que ha devastado desde hace cincuenta años el Oriente Medio, se ha extendido por el oeste hacia el Mediterráneo, ha asolado Bosnia-Herzegovina y asola Argelia. Es la línea donde se vuelven virulentos y letales los antagonismos Este/Oeste, Norte/Sur, riqueza/pobreza, vejez/juventud, laicismo/religión, islam/cristianismo/judaísmo...

Hoy podemos tener la esperanza, sin ninguna certeza, de una progresiva pacificación de Oriente Medio, en especial gracias al acceso de Palestina a la independencia nacional, pero se mantiene el agujero negro geohistórico y, además, se han creado otros dos, en Bosnia y Argelia.



© TONI CATANY

En Argelia asistimos a las consecuencias desastrosas, no sólo del voto FIS, sino también de la negación de ese voto, y todo apunta a la implosión. ¿Que sucederá en Argelia? ¿Qué formidable cataclismo geopolítico se producirá? ¿Se avanza hacia un nuevo cierre del Mediterráneo? ¿Hacia un caos?

En estas condiciones trágicas, los peores enemigos son los únicos que colaboran entre sí: así como en Italia el terrorismo negro y el rojo utilizaban los mismos métodos para el objetivo común de destruir la democracia, en Israel/Palestina son los fanáticos israelíes y árabes los enemigos que cooperan con mayor ardor en sabotear la paz; y del mismo modo, en Argelia, el terror de los atentados y el terror de la represión colaboran para impedir cualquier entente democrática. En todo el mundo, los odios adversos tienen un enemigo común: la concordia, la reconciliación, la compasión, el perdón.

¿Podremos salvar el Mediterráneo? ¿Podremos salvar, o mejor dicho, desarrollar su función comunicativa? ¿Podremos volver a poner en marcha este

mar de intercambios, de encuentros, este crisol y caldo de cultivo, esta máquina de fabricar civilización?

Existen soluciones económicas, pero las soluciones exclusivamente económicas son insuficientes y en ocasiones crean problemas: así, el FMI plantea a los estados la necesidad de satisfacer sus exigencias para obtener créditos, pero también la necesidad de desobedecerle para evitar el enfrentamiento político y social.

El desarrollo es imprescindible, pero también lo es el hecho de repensar y transformar de arriba abajo nuestro concepto de desarrollo, que está subdesarrollado. Por consiguiente, no sólo hay que implantar la economía industrial, sino que hay que reinventar una economía de la convivencia.

Hoy, los incontables jubilados que ya se trasladan a las costas mediterráneas buscan, además del sol y del buen tiempo, la amenidad de la vida, un placer de vivir y un arte de vivir. En el arte de vivir mediterráneo está la extraversión de la plaza pública, del paseo, del *corso*, que es también un arte de la comunicación. Está nuestra gastrosfía que ofrece

a todos el fruto y la rama del olivo. Los continentales que se instalan en vacaciones o por una temporada en esos lugares todavía preservados, vienen a buscar el antídoto contra la mecanización, el cronometraje, la alienación, las prisas. En nuestras culturas tenemos los recursos para resistir a la estandarización y a la homogeneización. Nuestros parajes, nuestros sitios, nuestros monumentos y nuestras arquitecturas del pasado, no son únicamente objetos estéticos, sino que irradian unas ondas que nos penetran, destilan unos jugos que nos vuelven expansivos, nos instilan unas verdades impalpables que se convierten en nuestras verdades. ¿Y no tenemos la misión de propagar este arte de vivir siguiendo la estela de nuestras pizzas, de nuestros cuscús, de nuestros taramas, de nuestras tapas y de nuestros vinos?

Pero la defensa y la ilustración de una calidad de vida exigen la resistencia ante el aspecto bárbaro del desarrollo tecnointustrial descontrolado, ante el afán de lucro a expensas de las relaciones de ayuda mutua, ante la proliferación del cemento y del asfalto que ya



BIZERTA. TÚNEZ. 1989

© TONI CATANY

han desfigurado tantas de nuestras costas...

Exigen también una política de regeneración del Mediterráneo que contemple necesariamente el saneamiento del mar y la repoblación acuática. En todo esto se han dado pasos esporádicos, que deberían ser sistemáticos y comunes. Una política de este orden implicaría, en la medida de lo posible y donde fuera posible, el restablecimiento de las actividades de pasto, el desarrollo hortícola y una agricultura de calidad, algo que ya se manifiesta en muchos países en la viticultura, gracias a los avances en la selección de las cepas, en los procesos de vinificación y en el carácter biológico de los fermentos. Por último, hay que saber que, gracias a la ingeniería genética, pronto descubriremos el medio para cultivar plantas que absorban el nitrógeno del aire y lo reintroduzcan en la tierra, haciendo cultivables terrenos poco fértiles.

Al fin y al cabo, no sólo se trata de la defensa de la calidad de vida, sino de la defensa de la propia vida, que exige una política de emigración, que sólo será posible si sabemos reemplazar el miedo

demográfico y el miedo étnico, desgraciadamente hoy muy ligados, por la resurrección del noble espíritu de la hospitalidad, el sentimiento de la complementariedad del vecino, el respeto hacia el prójimo, el amor por la diversidad.

Pero ante todo, debemos movilizarnos contra la gran fractura sísmica que ha invadido el Mediterráneo. Tenemos que dejar de ver el islam y el arabismo como un conjunto monolítico o agresor. Debemos tener en cuenta tantas vejaciones, tantas negativas, tanta injusticia del doble rasero, tantas decepciones... Tenemos que agruparnos, unirnos, volver a dar la primacía a todo cuanto nos es común, restituir la identidad común en y bajo la diversidad, con el fin de hacer emerger la identidad de ciudadano del Mediterráneo dentro de nuestras identidades múltiples, porque todos nosotros tenemos identidades múltiples y nuestras distintas identidades deben entretrejerse en espiral en lugar de rechazarse.

No existe fraternidad profunda sin maternidad, y es necesario revitalizar a nuestra mar madre.

Existe un mito eufórico, simplista del Mediterráneo, que ignora que tantas dislocaciones, destrucciones e intolerancias proceden del propio Mediterráneo. Pero nosotros necesitamos un mito rico que exprese nuestras aspiraciones con vistas a la consecución de lo mejor de nuestras posibilidades.

¡Ah! Hay que tener comprensión, mucha comprensión. ¿Qué es la comprensión, qué tiene que la hace distinta y complementaria a la explicación? Es lo que nos permite a nosotros, sujetos humanos, considerar al otro como sujeto a imagen de sí mismo, *ego alter*, y comprender desde el interior sus sentimientos y sus reacciones. Comprender al otro es un requisito vital de nuestro tiempo.

Pero ello supone también una gran regeneración moral, un gran cambio moral: hay que desear, desde el fondo del corazón, la concordia, la reconciliación, la compasión, el perdón.

Y concluiré mis palabras con el primer saludo de cualquier mediterráneo:

¡Que la paz sea con vosotros!
¡Que la paz sea con nosotros!